

A qué hueles y te diré quien eres

Eloísa Uribe

Alain Corbin, *El perfume o la miasma. El olfato y lo imaginario social. Siglos XVIII y XIX*, traducción de Carlota Valée Lazo, México, Fondo de Cultura Económica, 1987, 252 pp.

Los viejos urinarios de fierro, cuya pestilencia podía reconocerse de tramo en tramo en los más famosos bulevares de París, fueron sustituidos por letrinas modernísimas. Hasta entonces, pensar en París también podía ser recordar el insoportable olor que despedían estos urinarios, aunado a la risible figura de los pies que se alcanzaban a ver por debajo y al ruido de la orina en su caída.

Hoy, por unos cuantos francos, se abre la puerta de la blanca semiesfera de donde fluye de inmediato una melodía que acompaña al usuario durante el inevitable ritual fisiológico. Una vez que ha

pasado el tiempo necesario, a juicio del diseñador, la puerta se abre automáticamente. Así que es posible imaginar el desamparo de aquél que se encuentra en apuros por diarrea o por constipación. La cabina está equipada con un sistema de autolavado que lanza agua y jabón, lo que permite prescindir de la limpieza manual.

Sin embargo, a pesar de éstos y otros modernismos, hay lugares que siguen apestando, como el metro en su sección más antigua. Una descripción que Alain Corbin recoge en *El perfume o la misma* sobre el París del siglo XVIII, remite con eficacia a una imagen contemporánea: "los muros de las casas parisienses están degradados por la orina".

Podemos imaginar lo que significó la pestilencia y la suciedad de los lugares públicos y privados durante los siglos estudiados por Corbin. Fue entonces cuando empezó a desarrollarse una posi-

ción científica en torno a los malos olores, a sus orígenes y a la necesidad de crear prescripciones para desterrarlos.

Para Corbin, la existencia de olores agradables y desagradables es digna de ser historiada y considera que su abandono ha impedido entender en su justa medida el crecimiento de las sociedades. En su preámbulo refiere cómo hoy día el olfato ha sido relegado por los otros sentidos, cómo el discurso científico titubea al estudiarlo, cómo se carece de lenguaje apropiado para referirse a los olores y cómo los estereotipos han encerrado al olfato en el mundo del instinto, confiriéndole el sello de la animalidad. Subraya que la acción de olfatear, husmear o bien de otear, tiene un profundo sentido social y se dispone a mostrarlo a través del análisis de conductas filosóficas, científicas o médicas (actos de orden, vigilancia e higiene), así como a la luz del

surgimiento de la burguesía parisina.

Divide en tres partes sus estudios. En los cinco capítulos de la primera, reconstruye la historia científico-médica de los siglos XVIII y XIX que se centra en el reconocimiento de lo pútrido, de los miasmas insoportables que asedian las ciudades: excrementos, carroñas y cadáveres deben ser desterrados.

A partir del siglo XVIII se aceleró el estudio teórico sobre los olores: sudores y ventosos se analizan por igual. Pero también entra a escena el olfato como sentido de la anticipación amorosa, de las afinidades. Se estudian los olores del esperma, de la menstruación y el papel erótico del aliento.

El hombre enfermo, su habitación y sus vestidos son objeto de incontables teorías. Asimismo, los vapores y las atmósferas de espacios cerrados donde se acumulan multitudes. Se equiparan lugares que parecerían no tener comunión alguna: barcos, hospitales, cárceles, cuarteles, iglesias y salas de espectáculos. Aquí, Corbin detalla el discurso científico relacionado con estos recintos y describe sus condiciones reales de inmundicia:

el hospital se dibuja como una fétida máquina de infectar [...] la penetración de los pisos por el contenido de las letrinas, la degradación de los muros a causa de los esputos, la impregnación de los colchones de pluma y de las camas de los moribundos. Tal como en las cárceles, las letrinas proporcionan la infección (p. 63).

Alude a la ciudad como a otro lugar de aglomeración humana, con sus cloacas malolientes y sus constantes epidemias. Termina la

primera parte apuntando hacia los aspectos culturales del olfato y los olores: la fumigación por medio de aromas fuertes y la descalificación de ciertos perfumes por razones terapéuticas, lo que muestra la ambigüedad del pensamiento científico respecto del olfato. Para Corbin el refinamiento del olfato está emparentado con la aparición de una higiene más individualizada, la del aseo íntimo, que permite reconocer el propio cuerpo y que genera una satisfacción narcisista. El rechazo de los olores fétidos y de los aromas fuertes, pone de moda otros gustos olfativos más allá de los discursos médicos. El perfume de las flores y el ambiente de bosques y jardines cumple con la función de "promover el narcisismo"; y permiten olvidar las emanaciones putrefactas que recuerdan la muerte.

En la segunda parte, formada por tres capítulos, Alain Corbin señala las consecuencias de la ciencia aplicada al olfato: higiene, políticas sanitarias: desinfectar y por tanto desodorizar. Lo cual forma parte de:

Un proyecto utópico: aquél que tiene por objeto encubrir los testimonios del tiempo orgánico (. . .) El silencio olfativo no hace sino desarmar al miasma, negar el correr de la vida y la sucesión de los seres; sólo ayuda a soportar la angustia de la muerte (p. 105).

A partir de este momento, Corbin relata la historia de la higiene y sus métodos aplicados a la urbe y a los lugares donde se hacían individuos. Los apropiados para la casa habitación, desde la palaciega, pasando por la burguesa y la de las clases pobres. La casa del obrero y la del campesino

merecieron atención hasta mediados del siglo XIX. Recoge amplias discusiones en torno a lo benéfico o no de los excrementos en las calles, a la inquietud que causa la presencia de ciertos artesanos, por los olores que se derivan de sus trabajos, de los mataderos y de cadáveres. Inquietud que comparten y discuten los preocupados de la salud de la urbe:

Los reformadores acarician el proyecto de evacuar todo al mismo tiempo, la inmundicia y el vagabundo. El hedor de la porquería y la infección social [. . .hay quien propone] confiar a los presos, numerados y sujetos con cadena, el cuidado de purificar la ciudad (pp. 108 y 109).

Los seis capítulos de la tercera parte de *El perfume o la miasma* están dedicados a lo que Corbin llama: olores, símbolos y representaciones sociales. Aquí retoma algunos temas y camina en busca de otros que sitúan las variaciones olfativas, como parte de los antagonismos de grupo: "Una curiosidad nueva invita a descubrir los olores de la miseria, desalojar la hediondez del pobre y de su madriguera" (p. 158). Relata cómo se ve y estudia la habitación privada, cómo la vivienda de los pobres es sometida a juicio por los ojos y la nariz de la burguesía, que se apoya en la ciencia para descalificarla, para atacarla y para imponer sus valores de vida, sobre las costumbres de pobres, trabajadores y emigrados. A pesar de que en los palacios y en las casas burguesas las cocinas apestaban y en no pocas ocasiones los pasillos eran usados como letrinas. El tiempo deberá pasar, para que poco a poco la burguesía se inicie en las modas higiénicas y sanita-

rias, así como en los mensajes corporales inscritos en una nueva delicadeza. La ciencia se da a la tarea de reeducar los sentidos, alegando criterios de salud y bienestar que a poco se confunden con prácticas sociales que aluden al buen gusto y a la elegancia. El baño se vuelve indispensable, aunque no se debe abusar bañándose más de una vez al mes. Las cocinas se ventilan con campanas de aire y empieza a sugerirse el orden en armarios y anaquelles.

Los perfumes de la intimidad se vinculan con la nueva habitación burguesa: en su interior se afirma el desarrollo de la persona como sujeto y, con ello, la presencia de olores propios, privados. El interés por el ámbito del olfato se acentúa en la literatura: Zola, Flaubert, Balzac, animan a sus personajes a través de descripciones olfativas. El erotismo se revela por medio del olor de las flores, de las ropas o de los cuerpos, en el caso de los escritores más atrevidos.

Para finalizar, Corbin vuelve a retomar el hilo inicial, haciendo referencia, una vez más, a la fetidez de los olores de París, que persistían aún en vísperas de la Primera Guerra Mundial: un hedor sofocante por la tarde era, ahora, provocado por las fábricas situadas en el suburbio norte.

Sus conclusiones enriquecen el trabajo, con múltiples ideas sobre olfato y jerarquías, sobre el porqué de la destrucción de olores considerados inoportunos. Corbin propone que la historia del olfato permite una nueva lectura de la conformación de la sociedad actual y de "esos grandes acontecimientos de la historia contemporánea que son el aumento del narcisismo, el refugio en el es-

pacio privado, la destrucción de la comodidad salvaje, la intolerancia de la promiscuidad" (p. 249).

La obra de Corbin se inscribe dentro del interés por estudiar la vida cotidiana. Interés que, más allá de las preocupaciones eruditas, pretende encontrar nuevas vías de entendimiento y transformación del hombre en sociedad. Caminos que rompan con las explicaciones tradicionales, impuestas por las historias totalizadoras, cuyo discurso grandilocuente y cerrado apunta siempre al enseñoramiento de valores y formas de mirar de los que manejan el poder. Corbin pone de manifiesto la manera en que el pensamiento y la práctica científica se entrelazan con las necesidades de la burguesía en formación, cómo la refuerzan y cómo este mismo discurso sirve para prometer a todos una vida más saludable, a la vez que se le usa para vigilar y castigar a los que no comparten sus valores. El pensamiento científico, por tanto, se presenta tramado con las vicisitudes histórico-sociales y no neutro, como suele suponerse siempre.

Un enorme caudal de fuentes primarias consultadas le permiten fundamentar, paso a paso, cada una de sus afirmaciones y revitalizar cada instante como en una visión cinematográfica. Las anécdotas recogidas por cada autor consultado, junto a sus afirmaciones científicas o médicas, permiten recrear el espíritu de época.

Pocas son las referencias olfativas en torno a los olores del campo. Algunas que Corbin consigna, provienen de la visión que auspició el pensamiento romántico que veía en el campo y en la vida rural (o en la del hombre primitivo) una forma de huir de los pesares

de la vida urbana. Por ser visiones románticas siguen siendo urbanas. El romántico añora un campo soñado, imaginado, deseado desde su condición de ciudadano. Pero justamente por eso no toleraría sus formas de vida y mucho menos sus olores, sus hedores.

El estudio de Alain Corbin es rico en sugerencias y estimula a buscar explicaciones para temas nuevos y tradicionales que se creían ya resueltos. Uno de los asuntos que me parece deja entrever su trabajo, es el de la subordinación del pensamiento científico a las formas de vida urbana. Si bien el autor no lo afirma, su investigación aporta elementos para empezar a plantear cómo con el advenimiento de la Ilustración, todo pensamiento se considera regido por la razón —destruyendo así toda otra posibilidad de ciencia, de conocimiento. Y cómo triunfa la visión del mundo propiciada por la vida sedentaria de los ciudadanos, cuya inmovilidad y hacinamiento los lleva a exaltar la monointerpretación racional.

De ahí que las referencias al campo, en este caso, se den en un tono menor y siempre remitidas a este pensamiento urbano, ya sea científico o romántico.

Corbin avanza por este camino cuando afirma que el pensamiento científico o filosófico tiende a anular la ambigüedad, lo irreducible al pensamiento: "Los antagonismos y estratificaciones se enraizan en dos conceptos del aire, de la mugre, de las heces; se manifiestan mediante gestiones antitéticas de los ritmos y las fragancias del deseo; tienden a resolverse en el silencio olfativo de un entorno desodorizado, el nuestro" (p. 249). Y nos preguntamos por tantos otros silencios.